

tió; ¿dijo al primer cónsul una sola palabra en favor del desgraciado príncipe? Lógico es el creer que aprobó la ejecución de la sentencia.

La comisión militar sentenció al duque de Enghien pero con dolor y con arrepentimiento.

Tal es, concienzuda, imparcial y estrictamente la parte que corresponde á cada uno. Mi suerte se ha hallado demasiado ligada á esta catástrofe para que no trate yo de iluminar sus tinieblas y exponer sus menores detalles. Si Bonaparte no hubiese muerto al duque de Enghien; si él me hubiera catequizado cada vez mas (cosa á que seguramente se inclinaba), ¿qué hubiera resultado? Mi carrera literaria hubiera terminado: entrando repentinamente en la carrera política, en la que he probado lo que hubiera podido hacer en la guerra de España, me hubiera hecho rico y poderoso. La Francia hubiera podido ganar en mi unión al emperador, pero yo hubiera perdido seguramente. Tal vez hubiera llegado á mantener algunas ideas de libertad y de moderación en la cabeza del grande hombre; pero mi vida, colocada entre las que se tienen por dichosas, se hubiera visto privada de lo que ha engendrado en ella el carácter y el honor: la pobreza, la lucha y la independencia.

Chantilly, noviembre de 1838.

BONAPARTE.—SUS SOFISMAS Y SUS REMORDIMIENTOS.

Finalmente, el principal acusado se alza despues de los demás, y cierra la marcha de los penitentes ensangrentados. Supongamos que un juez haga comparecer ante él al llamado Bonaparte, lo mismo que el capitán fiscal hizo comparecer al llamado de Enghien; supongamos que nos queda la minuta del último interrogatorio calcado sobre el primero; comparad y leed.

A la pregunta de su nombre y apellido.

Respondió llamarse Napoleón Bonaparte.

Preguntado en dónde residió desde su salida de Francia.

Respondió: En las Pirámides, en Madrid, en Berlín, en Viena, en Moscow, en Santa Elena.

Preguntado por el grado que tenía en el ejército.

Respondió: comandante de la vanguardia de los ejércitos de Dios. Ninguna otra respuesta sale de la boca del acusado.

Todos los actores de esta tragedia se han atacado mutuamente; Bonaparte tan solo no hace recaer las faltas sobre nadie; conserva su grandeza bajo el peso de su maldición; no dobla su cabeza, y permanece de pie, exclamando como el estóico:—«¡Dolor, jamás confesaré que seas un mal!» Pero lo que su orgullo no le consiente confesar á los vivos hállase obligado á confesarlo á los muertos. Este Prometeo, usurpador del fuego del cielo, con el buitre dentro de su pecho, se creía superior á todo, y se ve obligado á responder al duque de Enghien, á quien ha reducido á polvo antes de tiempo: el esqueleto, trofeo sobre el cual se ha agitado, le interroga y le domina por una necesidad divina.

El servilismo del ejército, la antecámara y la tienda de campaña, tenía sus representantes en Santa Elena: un servidor, muy apreciable por su fidelidad al amo que había elegido, fué á colocarse al lado de Napoleón como un eco á su servicio. La sencillez repetía la fábula, dándole un acento de sinceridad. Bonaparte era el Destino: lo mismo que él, engañaba con las formas á los espíritus fascinados; pero en el fondo de la impostura se oía resonar la inexorable verdad:—«¡Yo soy!» Y el universo ha gemido bajo su peso.

El autor de la obra mas acreditada sobre Santa Elena expone la teoría que Napoleón inventó en favor de los asesinos, el desterrado voluntario admite co-

mo palabras del Evangelio una charlataneria homicida de muchas pretensiones, que podría explicar únicamente la vida de Napoleón tal como él la quería presentar; y tal como quería que se escribiese. Dejaba sus instrucciones á sus neófitos, el señor conde de las Casas aprendía sin saberlo su lección, el gran cautivo, errante por los solitarios senderos, arrastraba tras sí á su crédulo adorador con sus mentiras, lo mismo que Hércules suspendía á los hombres de su boca con cadenas de oro.

«La primera vez, dice el honrado Chambelan, que oí á Napoleón pronunciar el nombre del duque de Enghien, me puse encendido como la grana. Afortunadamente iba yo detrás de él por un sendero estrecho, pues de otro modo no hubiera dejado de notar-lo. Sin embargo, cuando por la vez primera desenvolvió el conjunto de este acontecimiento con todos sus detalles y sus accesorios; cuando expuso los diferentes motivos con su lógica estricta, luminosa y atractiva, debo decir que el asunto tomó á mis ojos un aspecto enteramente nuevo... El emperador habló muchas veces de él, lo que me hizo descubrir en su persona rasgos característicos muy pronunciados. He podido con este motivo ver en él muy distintamente, y en diversas ocasiones, al hombre privado batallando con el hombre público; y los sentimientos naturales de su corazón en oposición con su orgullo y con la dignidad de su posición. En el abandono de la intimidad no se mostraba indiferente á la suerte del desgraciado príncipe, pero en cuanto se hallaba en público, era ya otra cosa. Un día, despues de haber hablado conmigo de la suerte y de la juventud de aquel desgraciado, concluyó diciendo:—«Despues supe que me apreciaba; me han asegurado que hablaba de mí con cierta admiración, y sin embargo, hé aquí la justicia distributiva de este mundo.» Y estas últimas palabras fueron dichas con tal expresión; toda su fisonomía se hallaba tan en armonía con ellas, que si el que deploraba Napoleón hubiese estado entonces en su poder, seguramente que, cualesquiera que fuesen sus intenciones ó sus actos, hubiera sido perdonado inmediatamente... El emperador tenía costumbre de considerar este suceso bajo dos puntos de vista muy diferentes: el del derecho comun, ó sea el de la justicia establecida, y el del derecho natural, ó de los extravíos de la violencia.

«Entre nosotros, y hablando familiarmente, Napoleón decía que la falta en su esencia podía muy bien atribuirse á un exceso de celo; pero que en lo exterior solo á miras privadas ó á misteriosas intrigas. Decía que había sido impulsado inopinadamente; que habían sorprendido, por decirlo así, sus ideas, precipitado sus disposiciones, encadenado sus resultados.—«Seguramente, exclamaba, si hubiese yo sido instruido á tiempo de ciertas particularidades concernientes á las ideas y carácter del príncipe; si sobre todo hubiese visto la carta que me escribió, y que no me remitieron, sabe Dios por qué, seguramente hubiera perdonado.» Y era muy fácil echar de ver que únicamente el corazón y la naturaleza dictaban estas palabras al emperador, y esto únicamente hablando en familia, y porque se hubiera creído humillado de que se pudiera crear un solo momento que procuraba echar la culpa á otro, ó que se bajaba hasta el punto de justificarse; su temor en este punto, ó mas bien su susceptibilidad, eran tales, que hablando á personas extrañas ó escribiendo sobre este asunto para el público, se circunscribía á decir que si hubiese tenido conocimiento de la carta del príncipe, tal vez le hubiese perdonado, vistas las grandes ventajas políticas que hubiera podido sacar de ella; y trazando con su mano sus últimos pensamientos, que él supone deber ser consagrados

á sus contemporáneos y á la posteridad, dice sobre este asunto que confiesa ser uno de los mas delicados, y que si se hallase aun en las mismas circunstancias, volvería á hacer lo que hizo.»

Este trozo, en cuanto al escritor, tiene todos los caracteres de la mas completa sinceridad; esta brilla hasta en la frase en que el señor conde de las Casas declara que Bonaparte hubiera perdonado inmediatamente á un hombre que no era culpable. Pero las teorías del gefe son sutilezas, á favor de las cuales se esfuerzan en conciliar lo que es irreconciliable. Haciendo distinción del derecho comun ó de la justicia establecida, y del derecho natural ó de los arrebatos de la violencia, Napoleón creía escudarse con un sofisma, que de nada le servía: no podía someter la conciencia del mismo modo que había sometido el mundo. Hay una flaqueza natural á los espíritus grandes y á los pequeños cuando se comete una falta, que es el querer hacerla pasar por la obra del genio, por una vasta combinación que el vulgo no puede comprender. El orgullo dicta todas estas cosas, y los tontos las creen. ¿Bonaparte miraba sin duda como el signo de un talento dominador esta sentencia que él anuncia en calidad de hombre grande? ¿Hé aquí la justicia distributiva de este mundo! ¿Terminura verdaderamente filosófica! ¿Qué imparcialidad! ¿Cómo justifica, escudándose con el destino, el mal emanado de nosotros! Se cree subsanarlo todo cuando se dice:—«¡Cómo ha de ser! eso estaba en mi naturaleza; es dependiente de la humana flaqueza.» Cuando se ha quitado la vida á un padre, se diría:—«¡Dependía de mi predisposición!» ¿Y el vulgo se queda con la boca abierta, y se examina el cráneo de este gran hombre, y se le encuentra esta predisposición! ¿Se debe, por ventura, tolerar este modo de ser? Seria el mundo un caos, si todos los hombres que tienen ciertas disposiciones quisieran dominarse unos á otros. Cuando no se pueden borrar los errores, se los diviniza; hácese un dogma de los crímenes, y se cambian en religión los sacrilegios, juzgando una apostasía el renunciar al culto de sus iniquidades.

LO QUE SE DEDUCE DE TODO LO QUE VA DICHO.—ENEMISTADES SUSCITADAS POR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

La vida de Bonaparte suministra una gran lección. Dos actos criminales han preparado y perpetrado su caída: la muerte del duque de Enghien y la guerra de España. Por mas que él haya querido ahogarlos en su gloria, ellos han subsistido para perderle. Pereció por el lado en que se juzgaba mas fuerte, mas invencible, cuando violaba las leyes de la moral, descuidando y despreciando su importancia; es decir, sus cualidades superiores en el órden, en la equidad. En tanto que se limitó á atacar á la monarquía y á los extranjeros enemigos de la Francia, llevó consigo la victoria; pero se vió despojado de su fuerza en el momento en que marchó por un mal camino; el caballo cortado por Dalila no representa otra cosa que la pérdida de la virtud. El crimen lleva consigo una incapacidad radical y un germen de desgracia; practiquemos, pues, el bien, si queremos ser felices, y seamos justos para ser sabios.

En prueba de esta verdad, nótese que en el momento de la muerte del príncipe empezó la desidencia que, creciendo en razón de la mala fortuna, provocó la caída del que llevó á cabo la tragedia de Vincennes. El gabinete de Rusia, con motivo del arresto del duque de Enghien, dirigió enérgicas representaciones contra la violación del territorio del imperio. Bonaparte sintió el golpe, y respondió en *El Monitor* con un artículo sangriento, que recordaba la muerte

de Pablo I. En San Petersburgo habíanse celebrado honras fúnebres por el joven Condé. Sobre el cenotafio se leían: «Al duque de Enghien quem devoravit bellua Corsica.» Ambas potencias adversarias se reconciliaron pronto, al menos en apariencia; pero la mu-tua herida que había abierto la política y dilatado el insulto quedó perenne en el corazón; Napoleón no se creyó vengado hasta que fue á descansar á Moscow; Alejandro no se vió satisfecho hasta que entró en París.

El odio del gabinete de Berlín provino del mismo origen; hablo aquí de la noble carta de Mr. de Laforest, en la que contaba á Mr. de Talleyrand el efecto producido por el asesinato del duque de Enghien en la corte de Postadm. Mad. Stael se hallaba en Prusia cuando llegó la nueva de Vincennes. «Estaba yo en Berlín, dice, sobre el muelle de la Sprée y mi habitación era un cuarto bajo. Una mañana, á eso de las ocho, me despertaron, para decirme que el príncipe Luis Fernando se hallaba á caballo bajo mis ventanas, y que me suplicaba fuese á hablarle.—¿Sabeis, me dijo, que el duque de Enghien ha sido arrancado del territorio de Baden, entregado á una comisión militar y fusilado veinte y cuatro horas despues de su llegada á París?—¿Qué locura! le contesté; ¿no conocéis que los que hacen circular esos rumores son los enemigos de la Francia? (Con efecto, lo confieso; por grande que fuese mi rencor contra Bonaparte, no llegaba á hacerme creer en la posibilidad de una infamia semejante.)—Puesto que dudáis de lo que os digo, me respondió el príncipe Luis, os enviaré *El Monitor*, en el que podreis leer la sentencia. Y dichas estas palabras, partió; la expresión de su fisonomía presagiaba la venganza ó la muerte. Un cuarto de hora despues tuve en mis manos *El Monitor* del 21 de marzo (30 lluvioso), que contenía una sentencia de muerte, pronunciada por la comisión militar creada en Vincennes, contra el llamado Luis de Enghien. ¡Así es cómo los franceses nombraban al nieto de los héroes que han hecho la gloria de su patria! Aun cuando se abjurasen todas las preocupaciones del ilustre nacimiento que la vuelta de las formas monárquicas debía necesariamente renovar, ¿es posible blasfemar de ese modo de los recuerdos de la batalla de Lens y de la de Rocroy? Ese mismo Bonaparte, que tantas batallas ha ganado, no sabe ni aun respetarlas; para él no hay ni pasado ni porvenir; su alma imperiosa y llena de orgulloso desprecio no reconoce nada de lo consagrado por la opinión; no admite el respeto sino hácia la fuerza existente. El príncipe Luis me escribía empezando su billete por estas palabras: «El llamado Luis de Prusia desea preguntar á Mad. de Stael, etc.» resentíase de la injuria hecha á la sangre real á que pertenecía, al recuerdo de los héroes entre los cuales aspiraba ardentemente á colocarse. ¿Cómo despues de este horroroso atentado ha podido unirse á un hombre como ese un solo rey de Europa? ¿Se dirá que obligado por la imperiosa necesidad? Hay un santuario en el alma, donde jamás debe penetrar su imperio; si así no fuese, ¿qué seria la virtud sobre la tierra? Un entretenimiento que no convendría sino á los tranquilos placeres de los hombres privados.»

Este resentimiento del príncipe que debía pagar con la vida, duraba aun cuando se abrió la campaña de Rusia en 1805. Federico Guillermo dice en su manifiesto del 9 de octubre: «Los alemanes no han vengado la muerte del duque de Enghien; pero nunca se borrarán de su memoria el recuerdo de este atentado.»

Estos detalles históricos, poco apreciados, merecian serlo sin embargo, porque ellos explican las enemistades cuya causa seria difícil encontrar en otra parte, y manifiestan al mismo tiempo los escalones por que la Providencia conduce el destino de un hombre, para llegar desde la culpa al castigo.

UN ARTÍCULO DEL MERCURIO.—CASTIGO DE BONAPARTE EN VIDA.

¡Dichosa mi vida, que no fue á lo menos turbada por el miedo, ni atacada por el contagio, ni arrastrada por los malos ejemplos! La satisfacción que experimento hoy por lo que entonces hice me confirma mas y mas en que la conciencia no es una quimera. Mas contento que todos esos potentados, que todas esas naciones rendidas á los piés del glorioso soldado, repaso con un orgullo digno de excusa esta página que me ha quedado como mi único bien, y que á nadie debo sino á mí. En 1807, con el corazón conmovido aun por el atentado que acabo de referir, escribía yo las siguientes líneas: ellas hicieron suspender la publicación de *El Mercurio* y expusieron nuevamente mi libertad.

«Cuando en el silencio de la abyección no se oye otra cosa que el ruido de la cadena del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano, siendo tan peligroso incurrir en su favor como en su desgracia, el historiador parece encargado de la venganza de los pueblos. En vano prospera Nerón. Tácito ha venido ya al mundo en el imperio; crece desconocido al lado de las cenizas de Germánico, y ya la equitativa Providencia ha entregado á un hijo oscuro la gloria del señor del mundo. Si el papel de historiador es hermoso, es sin embargo peligroso muchas veces; pero hay altares, como el del honor, que, aunque abandonados, reclaman aun sacrificio: el Dios no se ha aniquilado, aunque su templo se halle desierto. En cualquier parte en que quede á la justa causa una probabilidad, por pequeña que sea, debe tentarse á la fortuna, sin que esto pueda llamarse heroísmo; las acciones magnánimas son aquellas cuyo resultado previsto es la desgracia y la muerte. ¿Qué importan los reveses, si nuestro nombre, pronunciado por la posteridad, va á hacer latir un corazón generoso dos mil años después de nuestra vida?»

La muerte del duque de Enghien, introduciendo un principio nuevo en la conducta de Bonaparte, descompuso su recta inteligencia. Se vió precisado á adoptar como un escudo máximas en que no tuvo á su disposición la fuerza entera, porque las falseaba á cada paso por su gloria y por su genio. Hizose sospechoso; causó miedo; perdióse la confianza que se había puesto en él y en su destino; vióse obligado á conocer, ya que no á buscar, hombres que no hubiera conocido jamás, y que por su influencia se creían sus iguales: el contagio de su llaga se extendía por todo su cuerpo. No se atrevía á acriminar á estos hombres, porque había perdido la libertad de acriminar. Sus grandes cualidades permanecieron las mismas; pero sus buenas inclinaciones se alteraron, y no las sostuvieron; con la corrupción de aquella mancha original se deterioró su naturaleza. Dios mandó á sus ángeles que destruyeran la armonía de aquel universo, cambiando sus leyes, é inclinándolo sobre sus polos: «Los ángeles, dice Milton, impelieron oblicuamente el centro del mundo... el sol recibió la orden de invertir su curso sobre el camino del ecuador... los vientos desgajaron los árboles y trastornaron los mares.»

They with labor push'd  
Oblique the centric globe... the sun  
Was bid turn reins from th'equinoctial road  
(winds)  
...ren d the woods, and seas upturn.

ABANDONO DE CHANTILLY.

Las cenizas de Bonaparte, ¿serán exhumadas como lo han sido las del duque de Enghien? Si hubiese yo podido hacerlo, esta última víctima dormiría aun sin

honor en el foso del castillo de Vincennes. Este *excomulgado* debiera haber sido puesto, como Raimundo de Tolosa, en un ataúd abierto; la mano de ningún hombre debiera haber osado cubrir bajo una tabla al testigo de los juicios incomprensibles y de la cólera de Dios. El esqueleto abandonado del duque de Enghien y la tumba desierta de Napoleón en Santa Elena formarían contrapeso; nada habría mas conmemorativo que estos restos, unos frente á los otros, en los dos extremos de la tierra.

Al menos el duque de Enghien no ha quedado bajo tierra extranjera, como el desterrado de los reyes: este tuvo cuidado de devolver al otro á su patria; algo cruelmente, es verdad; pero ¿esto será para siempre? La Francia, en donde tantas cenizas se han esparcido al soplo de la revolución, no guarda fidelidad á los huesos. El anciano Condé, en su testamento, dice que no se halla seguro del país que habitará el día de su muerte. ¡Oh Bossuet! ¿Qué no hubiérais añadido á la obra maestra de vuestra elocuencia si cuando hablábais del ataúd del gran Condé hubiérais podido penetrar en el porvenir!

Aquí mismo, en Chantilly, fue donde nació el duque de Enghien. Luis Antonio Enrique de Borbon, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly, dice la sentencia de muerte. Sobre estos prados jugó durante su infancia; la huella de sus pasos se ha borrado. Y el vencedor de Friburgo, de Nordlingen, de Lens, de Senef, ¿á dónde ha ido con sus manos victoriosas, ahora deshechas? Y sus descendientes, el Condé de Johannisberg y de Berstheim, y su hijo y su nieto, ¿dónde están? Ese castillo, esos jardines, esos surtidores de agua, que no se callaban ni de día ni de noche, ¿qué se han hecho? Estatuas mutiladas; leones de los que se restauran á cada paso las garras ó las mandíbulas; trofeos de armas esculpidos en un muro ruinoso; escudos de flores de lis borradas; cimenteros de torres destruidas; algunas crugias de mármol bajo las caballerizas desiertas en que ya no resuenan los relinchos del caballo de Rocroy; al lado de un picadero una elevada puerta no concluida: hé aquí lo que queda de los recuerdos de una heroica estirpe: un testamento, anudado por un cordón, ha cambiado los poseedores de aquella herencia.

La selva entera ha caído por partes bajo el hacha. Personas que en los tiempos pasados han recorrido esos sitios, hoy insignificantes, ¿qué edad y qué pasiones tenían cuando se paraban al pié de esas encinas? ¿Qué pensamiento les ocupaba? ¡Oh inútiles *Memorias* mías! Yo no podría deciros ahora:

«Que Condé os lea alguna vez en Chantilly; que Enghien se enterezca.»

Hombres oscuros, ¿qué somos nosotros al lado de esos hombres ilustres? Desapareceremos para no volver: tú renacerás, ¡oh clavellina! que reposas sobre mi mesa, al lado de este papel pequeña flor que yo he cogido atrasada entre los brezos; pero nosotros no reviviremos con el solitario perfume que me ha distraído.

AÑO DE MI VIDA 1804.—VOY Á HABITAR Á LA CALLE DE MIROMESNIL.—VERNEUIL.—ALEJO DE TOQUEVILLE.—MESNIL.—MEZY.—MEREVILLE.

Desde entonces, separado de la vida activa, pero protegido por la influencia de Mad. Bacciochi contra la cólera de Bonaparte, dejé mi habitación provisional de la calle de Beaune, y fui á habitar á la de Miromesnil. La pequeña habitación que yo alquilé fue ocupada después por Mr. de Lally-Tolendal y madama Denain, su *muy amada*, como se decía en tiempo de Diana de Poitiers. Mi pequeño jardín daba á un almacén de maderas, y tenía al lado de mi ventana un

gran álamo que Mr. de Lally-Tolendal derribó por sí mismo con su robusta mano, que él decía trasparente y descarnada, á fin de respirar un aire menos húmedo: esto era una ilusión como otra cualquiera. El empedrado de la calle concluía delante de mi puerta; mas adelante la calle, ó mejor dicho el camino, subía por un terreno desigual, que se llamaba el *Cerro de los Conejos*. Este terreno, sembrado de algunas casas aisladas, terminaba á la derecha en el jardín del Tivoli, punto de donde salí con mi hermano para la emigración; á la izquierda está el jardín de Monceaux. Paseábame con frecuencia por aquel abandonado jardín; la revolución empezó en él, en medio de las orgías del duque de Orleans: este sitio había sido embellecido con estatuas desnudas de mármol, con ruinas artificiales, símbolo de la política ligera y desbordada que iba á cubrir á la Francia de prostitutas y de ruinas.

No me ocupaba en nada, todo lo mas que hacia era entretenerme en el jardín con algunos abetos, donde hablaba del duque de Enghien con tres ó cuatro cuervos, á la orilla de un río artificial, escondido bajo un tapiz de verde musgo. Privado de mi legación alpina y de mis amistades de Roma, de la misma manera que había sido privado de repente de mis relaciones de Londres, no sabía qué hacer de mi imaginación y de mis sentimientos; colocábalos todas las tardes sobre los rayos del sol, que no podían transportarlos á los mares. Volví á mi casa, y procuraba dormirme al murmullo de las hojas de mi álamo.

Entre tanto mi dimisión había aumentado mi renombre: un poco de valor sienta siempre bien en Francia. Algunas personas de la antigua reunión de Mad. de Beaumont me introdujeron en nuevas sociedades.

Mr. de Tocqueville, cuñado de mi hermano y tutor de mis dos sobrinos huérfanos, habitaba el palacio de Mad. de Senazan: en todas partes había herencias del patíbulo. Allí veía crecer á mis sobrinos, con sus tres primos, los de Tocqueville, entre los cuales se hallaba Alejo, autor de *La Democracia en América*. Mas mimado estaba él en Verneuil que lo había yo sido en Combourg. ¿Será esta la última capacidad que he visto pasar ignorada en embrión? Alejo de Tocqueville recorrió la América civilizada, de la cual no visité yo mas que las selvas.

Verneuil ha cambiado de dueño, ha pasado á manos de Mad. de Saint-Fargean, célebre por su padre y por la revolución que la adoptó por hija.

Cerca de Nantes, en Mesnil, hallábase Mad. de Rosambo: mi sobrino Luis de Chateaubriand se casó allí después con Mlle. de Orglandes, sobrina de Mad. de Rosambo: ya esta no hace brillar su belleza junto al estanque ni bajo las hayas de su mansión; ha pasado ya. Cuando iba desde Verneuil á Mesnil, encontraba casi siempre en el camino á Mezy: Mad. de Mezy era una novela, encerrada en la virtud y en el amor maternal. Al menos si su hijo, que cayó desde una ventana y se rompió la cabeza, hubiese podido como las codornices que cazábamos volar desde allí y refugiarse en la Isla-Bella, isla pequeña del Sena, *Coturnix per stipulas pascens!*

Al otro lado de ese Sena, no lejos del Marais, madama de Vintimille me presentó á Meneville. Meneville era un oasis emanado de la sonrisa de una musa, pero de una de esas musas que los poetas gaulas llamaban *doctas hadas*. Allí fueron leídas las *Aventuras de Blanca y de Velleda* ante generaciones elegantes, que escapándose unas de otras, como las flores, escuchan hoy las quejas de mis años.

Poco á poco mi inteligencia, fatigada del reposo en mi retiro de Miromesnil, vió aparecer lejanos fantasmas. *El Genio del cristianismo* me inspiró la idea de hacer la prueba de esta obra, mezclando personajes cristianos á personajes mitológicos. Una sombra que

mucho tiempo después llamé Cymodocea se dibujó vagamente en mi imaginación, aunque todavía sin perfiles bien marcados. Comprendida una vez Cymodocea, me encerré con ella, como tengo siempre costumbre de hacerlo con las hijas de mi imaginación; pero antes de que estas salgan del estado de sueño, y antes de que hayan pasado desde las orillas del Leteo por las puertas de marfil, cambian de forma muchas veces. Si las creo por amor, las destruyo por amor, y el objeto querido que doy á luz es el producto de mil infidelidades.

Solo un año habité en la calle de Miromesnil, porque fue vendida la casa que yo ocupaba. Arregléme después con la señora marquesa de Coislin, quien me alquiló el sotabanco de su palacio en la plaza de Luis XV.

MADAMA DE COISLIN.

Madama de Coislin era una señora de modales muy distinguidos: contaba muy cerca de ochenta años, y sus ojos orgullosos y dominantes tenían una singular expresión de talento y de ironía. Mad. de Coislin carecía de ciencia, de lo cual se vanagloriaba; había atravesado el siglo volteriano sin saberlo, y si alguna idea había tenido de él, se redujo á considerarle como una época de cultura popular. No es esto decir que ella hablase nunca de su nacimiento; tenía demasiado talento para incurrir en el ridículo: sabía tratar á sus inferiores sin avergonzarse; pero nunca podía olvidar que era hija del primer marqués de Francia. Aunque descendía de Drogon de Nesle, muerto el 1096 en Palestina, de Raoul de Nesle, condestable, y armado caballero por Luis XI, y de Juan II de Nesle, regente de Francia durante la última cruzada de San Luis, Mad. de Coislin decía que esto era una necesidad de la fortuna, de que ella no podía hacerse responsable; pertenecía naturalmente á la corte, como otras mas felices pertenecen á la calle; lo mismo que hay yeguas de raza y matalonas de fiacre: no podía hacer nada contra aquel acaso de la fortuna, y le era preciso soportar el mal con que el cielo había querido castigarla.

¿Estuvo Mad. de Coislin en relaciones con Luis XV? Esto fue lo que nunca me confesó; convenia, sin embargo, en que había sido muy amada, pero siempre pretendió haber tratado con sumo rigor al real amante: —«Le vi muchas veces á mis piés, decía, y confieso que tenía unos ojos encantadores y un lenguaje seductor. Me propuso un día regalarme un neceser de porcelana, como el que tenía Mad. de Pompadour. — ¡Ah, señor! exclamé; ¿sería para ocultarme debajo de él?»

Por una singular casualidad vi yo aquel neceser en casa de la marquesa de Cuningham, en Londres; había sido regalo de Jorge IV, y me lo enseñaba con la mas encantadora sencillez.

Mad. de Coislin ocupaba en su palacio una habitación que se abría bajo la columnata que corresponde á la columnata del guarda-muebles. Dos marinas de Vernet, que Luis *el muy amado* había regalado á la noble dama, estaban clavadas sobre una antigua tapicería de raso verde. Mad. de Coislin permanecía hasta las dos en su cama de cortinas igualmente verdes, incorporada y recostada sobre almohadas. Una especie de cofia de noche mal prendida á su cabeza dejaba escapar algunos cabellos grises. Enormes arracadas de diamantes montados á la antigua caían sobre las hombreras de su sobretodo de cama, sembrado de tabaco como en tiempo de los elegantes de la Fronza. A su alrededor y entre la colcha veíanse esparcidos confusamente una porción de sobres separados de sus cartas, sobre los cuales Mad. de Coislin escribía en todos sentidos sus pensamientos: nunca compraba papel, porque la proveía de él el correo. De vez en cuando, una perrita, llamada Lili, sacaba el hocico

por bajo de las sábanas, me ladraba por espacio de cinco ó seis minutos, y se volvía á esconder bajo la ropa. A este estado habían reducido los años á la jóven amante de Luis XV.

Mad. de Chateauroux y sus dos hermanas eran primas de Mad. de Coislin; esta no hubiera tenido la misma calma que Mad. de Mailly, arrepentida y cristiana. cuando respondió á un hombre que la insultaba en la iglesia de San Roque con un dictado poco decoroso: — «Amigo mio, puesto que me conocéis, rogad á Dios por mí.»

Mad. de Coislin, avara como lo son muchas personas de talento, amontonaba el dinero en sus cofres. Vivía roida por este vicio; cuando se hallaba ocupada en el arreglo de sus interminables cuentas, parecíame estar viendo el avaro Hermócrates, que, dictando su testamento, se nombraba á sí mismo por heredero. A pesar de esto, tenía de vez en cuando convidados á su mesa; pero siempre echaba pestes contra el café, que á nadie gustaba, según decía, y que no tenía otro objeto que el de prolongar la comida.

Mad. de Chateaubriand hizo un viaje á Vichy con Mad. de Coislin y el marqués de Nesle; el marqués se adelantaba siempre una jornada, y hacía preparar buenas comidas; pero Mad. de Coislin despues no pedía mas que una media libra de cerezas. Al salir le presentaban una cuenta enorme, y entonces era ella; la buena señora decía que solo había tomado unas cerezas, y el posadero sostenía que en las posadas se acostumbraba pagar la comida, que se comiese ó que no.

Mad. de Coislin tenía una religion á su modo; crédula é incrédula, la falta de fe la hacía burlarse de creencias cuya superstición le causaba miedo. Encontróse una vez con Mad. de Krudner, la misteriosa francesa no se hallaba iluminada sino á beneficio de inventario; no agradó á la ferviente rusa, la que tampoco le agradó á ella. Mad. de Krudner dijo á Mad. de Coislin: — «Señora, quién es vuestro confesor interior? — Señora, respondió Mad. de Coislin: no conozco á mi confesor; sé únicamente que mi confesor está en el interior de su confesionario.» Y aquí se separaron ambas mujeres para no volverse á ver.

Mad. de Coislin se vanagloriaba de haber introducido una novedad en la corte: la moda de los rizos flotantes al cuello, contra la voluntad de la reina María Leczinska, mujer muy piadosa, que se oponía á esta peligrosa innovacion. Sostenía que en otro tiempo una persona de cierta categoría jamás se hubiera acordado de pagar al médico. Hablaba contra la abundancia de ropa blanca en las mujeres: — «Eso es de señoras de ayer, decía: nosotras las señoras de la corte solo teníamos dos camisas, que renovábamos conforme se iban usando; íbamos vestidas con trajes de seda, y no teníamos aire de grisetas, como las señoritas de hoy día.»

Mad. Suard, que vivía en la calle Real, tenía un gallo, cuyo canto importunaba á Mad. de Coislin, tanto, que esta escribió á aquella: «Señora, mandad que corten la cabeza á vuestro gallo.» Mad. Suard devolvió la respuesta siguiente: «Señora, tengo el honor de contestaros que de ninguna manera haré cortar la cabeza á mi gallo.» No pasó de aquí la correspondencia; pero Mad. de Coislin dijo á Mad. de Chateaubriand: — «¡Dios mio; qué tiempos hemos alcanzado! ¡Y esa mujer es la hija de Pankoucke, la esposa de ese miembro de la Academia! Ya sabeis quien digo.»

Mr. Henin, antiguo empleado en el ministerio de Negocios Extranjeros, y enfadoso como un protocolo, zarcia algunas malas novelas. Leyendo cierto día á madama de Coislin una descripción en que una amante llorosa y abandonada pescaba melancólicamente un salmón, la marquesa, que no era aficionada á este pescado, interrumpió al autor, diciéndole con un tono

muy serio, que le sentaba tan bien: — «Mr. Henin, ¿no podríais hacer que esa enamorada pescase otro pez?»

Las anécdotas que refería Mad. de Coislin no podían retenerse en la memoria, po que no tenían fondo alguno; toda su belleza consistía en la pantomima, en el acento y la expresión de la narradora, y nunca se la veía reír. La oí un diálogo entre Mr. y Mad. Jacqueminot, en que estaba inimitable. Cuando en la conversacion entre ambos esposos, Mad. de Jacqueminot decía: — «¡Pero Mr. Jacqueminot!» este nombre era pronunciado de una manera tal, que no podía uno menos de soltar la carcajada. Mad. de Coislin entre tanto esperaba gravemente á que concluyese la risa, y tomaba un polvo.

Leyendo en un periódico la muerte de muchos reyes, quitóse los anteojos, y dijo sonándose: — «Se ha declarado una epizootia entre los animales coronados.»

En el momento en que se hallaba próxima á abandonar el mundo, decía no sé quién á la cabecera de su cama que nadie sucumbía sino por su culpa, y que si siempre se estuviera en guardia contra el enemigo, nadie se moriría: — «Lo creo, dijo Mad. de Coislin; pero temo mucho padezca una distracción.» Y poco despues espiró.

Al día siguiente bajé á su casa; hallé en ella á monsieur y Mad. de Avaray, su hermana y su cuñado, sentados delante de la chimenea, que sobre una pequeña mesa contaban una porción de luses que habían sacado de un escondrijo, encerrados en un gran saco. La pobre difunta estaba allí cerca en su cama y con las cortinas medio descubiertas: ya no oía el ruido del oro, que hubiera debido despertarla, y que contaban aquellas manos fraternales.

Entre los pensamientos escritos por aquella señora al márgen de los impresos ó en los sobres de las cartas, hay algunos muy ingeniosos. Mad. de Coislin me había hecho ver lo que quedaba aun de la corte de Luis XV en tiempo de Bonaparte y despues de Luis XVI, así como Mad. de Houdelot me hizo conocer los restos existentes aun en el siglo XIX de la sociedad filosófica.

#### VIAJE Á VICHY, Á LA AUVERNIA Y Á MONT-BLANC.

En el verano del año 1805 marché á reunirme con Mad. de Chateaubriand en Vichy, adonde la había llevado Mad. de Coislin como he dicho antes. No encontré allí á Jussac, á Termes, ni á Flamarin, á quienes Mad. de Sevigné había llevado delante y detrás de sí en 1677: hacía mas de ciento veinte años que dormían. Dejé en París á mi hermana, Mad. de Caud, que estaba establecida allí desde el otoño de 1804. Despues de una corta estancia en Vichy, Mad. de Chateaubriand me propuso que viajásemos para alejarnos por algun tiempo de los enredos políticos.

En mis obras se han intercalado dos viajes que yo hice entonces á la Auvernia y al Mont-Blanc. Despues de treinta y cuatro años de ausencia, hombres que no me conocían me dieron en Clermont la acogida que se da á un antiguo amigo. El que se ha ocupado mucho tiempo de los principios de que goza la raza humana en comunidad, tiene amigos, hermanos y hermanas en todas las familias. Para los que se han dejado arrastrar por el renombre y que nunca os han visto, siempre sois el mismo; para ellos siempre tenéis la edad que os han supuesto; su entusiasmo, que no decae con vuestra presencia, os mira siempre jóven y hermoso, como los sentimientos que admiran en vuestros escritos.

Cuando era yo niño, allá en Bretaña, y oía hablar de la Auvernia, figurábame que era este un país muy lejano, donde se veían cosas extraordinarias, adonde no se podía ir sino corriendo gran riesgo, y caminan-

do bajo la salvaguardia de la Santa Virgen. Nunca puedo mirar sin una especie de tierna curiosidad á esos jóvenes auverneses que van á buscar fortuna por el mundo con una pequeña caja de abeto. Ellos no tienen otra cosa que la esperanza dentro de su caja al bajar de sus rocas: ¡dichosos de ellos si la vuelven á llevar á su país!

¡Ay! no hacia aun dos años que Mad. de Beaumont reposaba en las orillas del Tiber cuando yo recorrí su tierra natal en 1805; hallábame solo, á algunas leguas de Mont-d'Or, adonde había ella venido á buscar la vida, que alargó únicamente lo bastante para llegar á Roma. El verano pasado, en 1838 recorrí otra vez esa misma Auvernia. Entre estas dos fechas, 1805 y 1838, puedo colocar las transformaciones acaecidas en la sociedad alrededor de mí.

Dejamos á Clermont, y dirigiéndonos á Lyon, atravesamos á Thiers y Roanne. Este camino, poco frecuentado entonces, seguía las riberas del Lignon. El autor de la *Astrea*, que no es un talento superior, ha inventado, sin embargo, sitios y personajes que viven: ¡tanto es el poder creador de una ficción acomodada á la edad en que aparecen! Hay ademas algo de ingenioso y de fantástico en aquella resurrección de las ninfas y de las náyades que se mezclan con los pastores, con las señoras y con los caballeros: estos diversos mundos se asocian bien, y se presentan de una manera agradable las fábulas de la mitología unidas á las mentiras de la novela: Rousseau cuenta cómo fue engañado por Urfé.

En Lyon volvimos á encontrar á Mr. Ballanche; hizo con nosotros el viaje á Génova y á Mont-Blanc. Iba á todas partes donde le llevaban, sin que tuviese que evacuar negocio alguno en ellas. En Génova no fui recibido á la puerta de la ciudad por Clotilde, prometida de Clodoveo. Mr. de Barante, padre, había sido nombrado prefecto de Lemán. En Coppet fui á ver á Mad. de Staël; la hallé sola, encerrada en su palacio. La hablé de su fortuna y de su soledad como de un medio precioso para hallar la felicidad; pero no le agradaron mis palabras. Mad. de Stael gustaba del gran mundo: juzgábase la mas desgraciada de las mujeres en un destierro que hubiera hecho toda mi felicidad. ¿Podía yo por ventura vislumbrar la desgracia en la vida de aquella mujer, que habitaba en sus haciendas, rodeada de todas las posibles comodidades?

¿Qué comparación podía haber entre aquella vida pacífica, llena de gloria, pasada en un suntuoso retiro, á la vista de los Alpes, y los millares de víctimas sin pan, sin nombre, sin protección, desterrados en todos los puntos de Europa, en tanto que sus parientes habían perecido en el cadalso? Doloroso es hallarse atacado de una enfermedad que desconocen todos. Esta enfermedad, sin embargo, no es por eso menos activa: no se la alivia comparándola con otras; nadie puede ser juez competente del dolor ageno; lo que aflige á uno consuela á otro; los corazones tienen secretos diversos, incomprensibles á los demás corazones. No disputemos á nadie sus padecimientos; hay dolores lo mismo que patrias; cada uno tiene la suya.

Mad. de Stael visitó al día siguiente á Mad. de Chateaubriand en Ginebra, y despues salimos para Chamouny. Mi opinión sobre los paisajes de las montañas hizo decir que yo trataba de singularizarme, lo cual no es cierto, á fe mia.

Ya se verá, cuando hable de Saint-Gothard, que esta opinión ha sido siempre la misma. En el viaje á Mont-Blanc se lee un pasaje, que debo recordar, por ser un lazo que une los acontecimientos pasados de mi vida á los entonces futuros, hoy pasados también.

«Solo hay una circunstancia en que es cierto que las montañas hacen olvidar los sinsabores de la tierra, y es la que nos aleja del mundo para consagrarnos á

la religion. Un anacoreta que se consagra al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio sobre la grandeza de Dios, pueden hallar la paz y la alegría en medio de las rocas desiertas; pero no es la tranquilidad de los lugares la que pasa entonces al alma de estos solitarios, sino, por el contrario, su alma es la que esparce la calma en la region de las tempestades.

Hay montañas que visitaria yo con un singular placer: estas son las de la Grecia y de la Judea. Me complacería en recorrer los sitios que mis nuevos estudios me obligan diariamente á conocer; iría de buena gana á buscar sobre el Tabor y el Taygeto nuevos colores y nuevas armonías, despues de haber diseñado los montes sin prestigio y los valles desconocidos del Nuevo-Mundo.» Esta última frase anunciaba el viaje que hice en el siguiente año de 1806.

A nuestra vuelta á Ginebra, que la hicimos sin poder volver á ver á Mad. de Stael, hallamos todas las posadas llenas de gente. Sin las atenciones de Mr. de Forbin que nos procuró una mala comida en una mala habitacion, hubiéramos tenido que abandonar la patria de Rousseau sin tomar un solo bocado. Mr. de Forbin gozaba entonces de una perfecta beatitud: rebosaba en sus ojos la felicidad interior, y sus piés no tocaban á la tierra. En alas de su talento y de su gloria descendía de la montaña como del cielo con su traje de pintor, con la paleta en la mano y sus pinceles en forma de carcaj. Hombre honrado, aunque excesivamente dichoso, preparándose á imitarme algun día cuando emprendiese el viaje de Siria, y aun queriendo ir hasta Calcuta, para hacer venir los amores por un camino extraordinario cuando se gastasen en las trilladas sendas. Sus ojos brillaban con una protectora compasion: yo era pobre, humilde; estaba poco satisfecho de mí mismo, y no tenía á mi disposición el corazón de las princesas. En Roma tuve el honor de pagar á Mr. Forbin su comida del lago: había yo merecido la honra de ser embajador. En estos tiempos se ve sobre el trono por la tarde al pobre vergonzante que por la mañana se abandonó en medio de la calle.

El noble caballero pintor, á nombre de la revolucion, empezaba esa nueva generacion de artistas, que se presentan en forma de croquis, de caprichos y de caricaturas. Los unos llevan espantosos vigotes, y diríase que iban á hacer la conquista del mundo. Sus brochas son las lanzas, sus raspadores son sus sables; los otros van rebozados en interminables barbas y entre largos y enmarañados cabellos, y fuman un cigarro á manera de un volcán. Estos mosquitos del arco iris, como dice nuestro antiguo Regnier, tienen la cabeza llena de diluvios, de mares, de rios, de selvas, de cataratas, de tempestades, de escenas sangrientas, de suplicios y de cadalsos. En su casa se ven cráneos humanos de duelistas, de trovadores, de capitanes y de soldados. Habladores, emprendedores, impoliticos, liberales (hasta en los retratos del tirano que pintan), procuran formar una especie aparte entre el mono y el sátiro; tratan de dar á entender que los secretos del taller tienen sus peligros, y que no hay en él seguridad para los modelos. ¡Pero á qué precio compran aquella posición! Al precio de una existencia inquieta, de una naturaleza débil y sensible; de una completa abnegacion; de una esclavitud á las miserias de las almas; de un modo de sentir delicado, superior, idealista; de una indigencia orgullosamente aceptada y noblemente soportada alguna vez, en cambio de su talento inmortal, hijo del trabajo, de la pasion, del genio y de la soledad.

Salimos de Ginebra de noche para volver á Lyon, y fuimos detenidos al pié del fuerte de la Escluse, esperando á que abrieran las puertas. Durante esta parada de las brujas de Macbeth sobre los brazos, pasó